

CUERPOS Y LETRAS

Novela

EDUARDO MARTÍNEZ RICO

CUERPOS Y LETRAS



1ª edición, 2016

Cubierta: Francisco M. Mesa García

Ilustración basada en *Biblis*, cuadro pintado por William-Adolphe Bouguereau.

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Eduardo Martínez Rico

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-945600-4-0

DL CA 342-2016

Impreso y encuadernado en CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

Para Alberto Vázquez-Figueroa

Sólo tú puedes convertir en vida estas palabras. Sé bienvenido, bienvenida, esta novela no tiene reglas, es reino de la libertad, sus únicos corsés son los del arte. Está hecha con buena fe, lector, lectora, tiene fondo, trascendencia, es divertida. Adelante, hombre, mujer, pasa y ven, entra en esta novela, magia, hechicero pase verbal. Es un relato de escritores, de personas, de gente que escribe y vive, vive mucho. No te quedes en esta página, lector, lectora, no me esperes en la siguiente novela; penetra en ésta, sin miedo, dispuesto a aprender, a divertirse, a dejarte bailar por el ritmo de la prosa. Lee este libro y podrás decir que lo has leído, te sentirás orgulloso. Pasa y mira, mi lector, mi lectora, estas palabras hechas con humildad, dignidad, con calidad. Ven, pasa, entra conmigo, no te quedes ahí. Adelante, baila.

1

Me canso de ser mortal. Tengo ansiedad de vivir, una ansiedad que mira al futuro: estoy ansioso por lo que voy a vivir, y sobre todo por lo que voy a vivir pronto, muy pronto, en unas horas o al día siguiente. Eso me ocurre muchas veces. Otras me aburro de vivir. Otras me da pereza vivir. Pero lo más constante es esta ansiedad, esta ansiedad que quiere que sucedan los acontecimientos, unos en concreto, mientras siento miedo por otros, por casi todos, y consumo, voy consumiendo la vida, inexorable, sin disfrutarla nunca plena.

Estoy aquí esperando el autobús y sé que los días se me van escapando, lentos, sin remedio. Me pregunto, como tantos antes que yo han hecho, por el sentido de la vida. ¿Qué sentido tiene, qué sentido puede tener este absurdo? No puede ser llegar a ser muy rico, o convertirse en un hombre muy importante. El sentido, en cambio, puede ser hacer lo que a uno le gusta, lo que a uno le llena, y procurar ayudar siempre que se pueda al prójimo. Podría ser; parece ingenuo, pero es bonito. El sentido se lo tiene que dar uno, porque si no esto, esta cosa, la vida, resulta intragable. Mantenerse en pie, vivir los días, dejar que pasen sin dejar que pasen, viviéndolos, hacer algo que verdaderamente merezca la pena, que nos merezca la pena, hasta el borde. Ahí está el sentido, en hallarlo subjetivamente, dárselo al mismo tiempo. Dotar a la vida de sentido y procurar que eso beneficie a los demás. Eso sería lo ideal.

Sí, eso sería lo ideal. Pero lo real es que tenemos muchos defectos, que incurrimos en bajas pasiones con facilidad, que nos resistimos a ser felices. Él mismo, mi personaje, mío y tuyo, lector, él mismo, que tenía tanto para ser feliz, y que se empeñaba en serlo, no podía disfrutar plenamente los días. Había un sinfín de miedos que se lo impedían. Los días aparecían tachonados de escollos, pequeños baches que a él le parecían abismos hasta que pasaban, y ya no importaban. Era un hombre joven todavía, pero a veces, muchas veces, actuaba, pensaba, como si fuera un viejo.

Iba con un libro en la mano, como casi siempre. Era un libro de Machado, al que explicaría dentro de poco en clase. Él también había tenido sus ambiciones literarias, pero las abandonó. Nunca había publicado nada. Sí, había publicado algunos artículos, algunos cuentos, textos que consideraba insignificantes, pero en los que un espíritu objetivo hubiera visto la esperanza de un futuro escritor. Él no había querido tirar por ahí, o no había tenido la valentía de tirar por ahí.

No le volvía loco ser profesor, pero le gustaba. Se había acostumbrado, a lo malo y a lo bueno de ser profesor. Ahora se conformaba con ver la literatura desde fuera, como lector, disfrutándola mucho, eso es cierto, dejando para otros las angustias de la creación, como decían los engolados. Las angustias, el parir un libro, un relato extenso, por ejemplo, un gran parto lleno de incomodidades y sacrificios.

Después de todo, ser escritor era otro trabajo monótono, una letra detrás de otra, en el que la disciplina jugaba un papel más importante que el talento. Al menos en la prosa, según se había informado. “Más escribe la disciplina que el talento; la disciplina acaba dando forma al talento”, le había dicho algunas veces un escritor amigo suyo, un

hombre ya mayor al que él consideraba su maestro, aunque nunca se lo había dicho directamente. Había palabras que no era necesario pronunciarlas, para que su significado existiera e inundara el mundo.

A él no le gustaba tanto la literatura. Había descubierto que no merecía tanto la pena. Que estaba muy bien concentrarse en ella, para quien quisiera, pero que también estaba muy bien concentrarse en muchas otras cosas, y que el mundo está abierto, es bello, para todo aquel que sabe descubrirlo, verlo. Él había renunciado en buena parte a la literatura como clave para ver y sentir el mundo, y se había abierto a otras claves, aunque con menos intensidad. Pensaba que tal vez había perdido algo, pero que también había ganado mucho. Para él la literatura era una especie de locura, de enajenación, y pensaba que se había curado de ella. Se había librado de la gran obsesión de la literatura, porque antes pensaba que sólo así, con esa obsesión, se podía llegar a ser un gran escritor.

El autobús le llevaba a través de Madrid. No sabía bien a dónde iba. Algunas veces cogía el autobús sólo por el placer de pasearse por Madrid, sin destino fijo. Le encantaba subir al vehículo, pasar su billete por la máquina y sentarse a leer en uno de los asientos, ver el paisaje, los edificios, las calles, los coches. Dejarse inundar por el sol cálido, entrañable, del invierno en Madrid. Ahora dejaba que la ciudad se pasara por delante de sus ojos cuando los apartaba de la lectura. Como no era completamente feliz, ni mucho menos, pero tenía la sensación, muy fuerte, de que lo había sido en otras épocas, se preguntaba, una vez más, dónde residía el sentido de la vida. Una pregunta tan importante como tónica, tónica pero terriblemente esencial. Pensaba que el sentido de la

vida residía en uno mismo, que era uno mismo el que daba sentido a la vida. Que, después de todo, no éramos más que un grano de arena en el Universo, si llegaba a eso, y que éramos nosotros los que hacíamos de la vida algo importante, los que encontrábamos un motivo para levantarnos por las mañanas, para seguir adelante, para amar y ser amados, para cultivarnos, para movernos por el mundo, para soportar todos los disgustos y desgracias que nos deparaba la vida.

Madrid estaba muy hermoso aquella mañana. La zona de Cibeles, del Paseo de Recoletos, del Paseo del Prado, la Puerta de Alcalá..., un día soleado era muy agradable en Madrid. Desde el autobús todo se veía muy bien. Leía a Machado, sus versos profundos y sencillos, e iba levantando a intervalos la mirada para fijarse en los edificios, en la gente, en toda la calle, como un gran abanico. Había vivido mucho tiempo en las afueras de la ciudad y poco a poco se le iba quitando el complejo de ser un paleta en la capital, cada vez que iba al centro a hacer compras, una gestión o tomarse alguna copa con los amigos.

Poco a poco, muy poco a poco, Madrid iba seduciéndolo. Se iba haciendo a la ciudad, como un traje que al principio nos resulta incómodo; le iba viendo el lado positivo, porque a él, justo después de venirse a vivir a la ciudad, ésta le parecía, en general, fea. Ahora estaba cambiando. Ya no le parecía tan fea. Le parecía seductora. Sobre todo en días como aquél, con tanto sol, días de invierno en los que, sin embargo, se adivinaba ya la primavera. El sol era un milagro. Cómo no creer en los milagros. Cómo no gozarlos, tan nítidos.

La ciudad podía ser un escenario para la felicidad, un escenario, perfecto, para vivir un viernes, uno de esos

días, viernes, en que daba igual la etapa de la vida en que se estuviera, la sensación de felicidad, bienestar cálido, era la misma. Andar por la ciudad, Cibeles, en el inicio del paseo de Recoletos, y dejar que la luz fuerte del sol de invierno, atenuado como una sinestesia por el frío, le iluminara el trozo de vida que estaba viviendo. Estaba aprendiendo a amar el sol de Madrid. Cuando vino con su mujer a vivir a Madrid por imperativos profesionales, tardó en adaptarse. Madrid no le gustaba; era un hombre de campo, de aire libre, de árboles y naturaleza. Pero tenía sus ventajas vivir en Madrid, muchas ventajas, todo el mundo las conoce: en Madrid está todo, y para el trabajo, por lo menos para el suyo, y tal vez, para sus aspiraciones, es fundamental estar en Madrid.

Antes bajaba a Madrid para salir con los amigos, ir al cine o tomar copas. También para hacer compras, o estudiar. Pero la ciudad le daba miedo, mucho miedo. Se sentía inseguro en Madrid, como si siempre fuera a aparecer alguien para robarle. De hecho eso continuaba; seguía teniendo la sensación, moviéndose por Madrid para ir a sus clases o para volver a casa, tenía la sensación de que alguien le iba a robar en el momento más insospechado. Porque pedir limosna pedían constantemente, y más en tiempo de crisis. Había una densidad de mendigos por kilómetro cuadrado tremenda, y a veces pensaba que él no lo era de milagro, con una situación profesional tan precaria. Menos mal que su mujer sí ganaba lo suficiente.

Una vez, cuando era adolescente unos malotes le robaron; fue la única vez que lo hicieron en Madrid. Eran tres, uno mayor que los otros, y estos dos de unos diecisiete años quizá. El mayor, que era el que tenía peor pinta, quizá drogado, llevaba una navaja en el bolsillo que enseñó ligera

y rápidamente, como un gesto que valía todo por sí mismo. Él iba con un amigo y les dieron lo que llevaban, poco, la verdad. Llevaba mil pesetas, el dinero suficiente para los minis de cerveza o de whisky que solían tomar en los bajos de Moncloa, lugar de reunión de la gente de su colegio. Además del dinero le robaron el reloj, y esto fue lo que peor le sentó. Era un reloj Festina regalo de su madre de preciosa y clara esfera blanca y correa negra. Pero desde entonces nadie le había vuelto a robar, aunque oía historias por ahí de gente a la que sí robaban. Quizá no le robaban porque tenía poco, porque se veía bien desde fuera que tenía poco. Lo ignoraba. De todos modos, un amigo suyo que había vivido en Madrid toda su vida le había dicho que él no había tenido nunca ningún problema. Según él Madrid era una ciudad muy segura.

Pero era cierto, estaba aprendiendo a amar Madrid, todo Madrid. Sus calles, sus coches, su ambiente, que también incluía el humo, atravesar corriendo los pasos de peatones antes de que cerraran el disco... sus tiendas, las costumbres de vivir en Madrid. La ciudad ya se iba fundiendo en su vida y en su imaginario, la iba haciendo suya. Es curioso cómo el rechazo de tantos años iba cambiando de signo, convirtiéndose no sólo en amor sino en una forma de vivir, de respirar. Madrid le envolvía, le acogía, le reconfortaba. Le había costado; había necesitado casi dos años, pero ya, por fin, y más que en sentido contrario, él había adoptado a la ciudad. Sabía que esta relación no se acabaría nunca. Era como una conquista, y no sabía hasta qué punto Madrid le había conquistado a él, o él había conquistado Madrid. Lo que estaba claro es que iba a sacar muchos más beneficios de llevarse bien con Madrid, que al revés. Madrid no lo necesitaba para

nada. O sí, quién sabe, tal vez Madrid estaba esperando de él lo que de tantos escritores: una gran novela madrileña.

Después de unos cuantos años tratando de escribir y no consiguiendo publicar un solo libro, se había puesto a dar clases en un colegio. Ahora estaba pensando en hacer las oposiciones a Instituto. Lo que no sabía él, aunque algún día lo descubriría –se lo decían, pero no hacía caso–, es que su problema no era de talento, sino de relaciones, de contactos. No tenía ningún don de gentes, se movía en un vacío social total. No conocía a nadie, ni a editores, ni a escritores ni a periodistas. Estaba solo. Era muy difícil colocar así ningún libro. Publicar siempre es difícil, muy difícil, pero publicar sin conocer a nadie es imposible. A él se lo decían, pero no hacía caso, seguramente por su incapacidad, eso creía él, para relacionarse. Era matemático: los editores publicaban libros de famosos, de conocidos o de desconocidos, a veces, con padrinos, y él no era nada de eso, no tenía nada de eso. Él, directamente, no tenía nada, sólo una gran vocación y mucha timidez. Y una mujer muy guapa, todo hay que decirlo.

Había publicado textos breves en pequeños periódicos y revistas, pero muy poco. Se consideraba un fracasado, y esto afectaba a todo lo que hacía en la vida, a sus pensamientos y a sus acciones. Por ser un fracasado, por considerarse tal cosa, se consideraba también mal marido, mal amante, mal amigo. En el fondo estaba muy equivocado, porque todas las vidas tienen su parte negativa, hasta las de los llamados triunfadores, pero como él estaba muy lejos de serlo pensaba que era un desgraciado, algo así como el único desgraciado en el mundo. Muy típico. No era feliz en absoluto, pero tenía sus parcelas de felicidad, su consuelo. Había con-

seguido casarse con una mujer a la que amaba. Le traía sin cuidado, la verdad, pero era cierto. No valoraba este hecho. No se daba cuenta de que no se podía tener todo. Aunque no lo veamos hay un lugar en el cielo donde se reparten los dones, la suerte, los bienes, todo, y a él le había tocado el amor incondicional de una mujer lista y hermosísima, buena chica, pero alguien le había negado la capacidad de presentarse, la valentía de dar a conocer su talento y su obra. No importaba cuántos libros escribiera, nadie se iba a mover por él, y si no se movía él todo lo demás no importaría, porque sería insuficiente. Nunca había tenido mucha facilidad para hacer amigos, la verdad, y eso era fundamental en todo en la vida. Los libros se escriben en soledad, pero se mueven entre amigos y conocidos, y gracias a esto llegan a un editor que confía en ellos y en la persona que los presenta. A todo esto le daba vueltas en su cabeza mientras se movía por Madrid en autobús. Le daba vueltas muy a menudo. Era una obsesión. Durante mucho tiempo, años, su obsesión fueron las lecturas, lo que leía y escribía, rumiaba todo lo que leía y escribía. Últimamente su obsesión era su fracaso, y le costaba mucho sobrellevarlo.

Su mujer sabía que cualquier día alguien publicaría un libro de su marido, y todo empezaría a funcionar: la prensa, la radio, la televisión, sería conocido, reconocido, se publicarían sus libros, se venderían... Algún día, pero no sabía cuándo. Ella de momento estaba callada, pero pensaba animarle pronto a volver a escribir. “La clave es seguir”, le había oído muchas veces, cuando todavía creía un poco en sí mismo. “Mantener la máquina en forma.”

“Como hacer el amor”, pensaba ella. Y se lo decía: «Como hacer el amor».

—Hay que mantenerse en forma, convencerse una y otra vez a sí mismo, pese a los fracasos, de que uno es escritor y que el futuro está abierto, muy abierto.

Era buena persona, de eso estaba seguro, y le consolaba, aunque tampoco demasiado. Se consideraba un hombre bueno, aunque no tan bueno como los demás creían, o como él podía haber creído hace años. Se había percatado muchas veces de que no era tan bueno. Su bondad tenía un límite que no atravesaba, y desde luego era muy egoísta.

—Como todo el mundo —le decía su mejor amigo—. Todo el mundo es egoísta, gracias a que somos egoístas nos mantenemos con vida, nos protegemos. Gracias a que eres egoísta puedes escribir; si no nunca sacarías tiempo.

Él se quedaba pensando un momento.

—Quizá tengas razón.

Una de las misiones de los amigos es tranquilizarnos, aligerar el peso de las preocupaciones, de las obsesiones, de las culpas.

Además, le gustaba no ser tan bueno como pensaba, rozar a veces el mal, o instalarse en él; por qué no, lo reconocía. Le gustaba porque durante muchos años le habían llamado ingenuo, y la raíz de esa ingenuidad estaba, él lo sabía, en su bondad. No era ingenuo, era bueno, y los demás identificaban la bondad con la ingenuidad. Quizá fueran la misma cosa, quizá, pero él ya sabía que podía ser malo, “malito”, como le decía a su mujer, o “malo”, en ciertas circunstancias. Depende, podía serlo por ejemplo cuando algo afectaba a su comodidad o a su propio bien. Entonces, lo había comprobado, se colocaba a sí mismo antes que el prójimo. Las enseñanzas de Jesús, si es que había existido

realmente y no era una invención, resultaban demasiado ambiciosas, inalcanzables para él. Nunca había entendido, por ejemplo, ni cuando se había considerado más bueno, lo de la otra mejilla: “Si pones la otra mejilla el otro no sólo te la golpea, sino que luego te patea, te machaca y hace todo lo que puede por destrozarte.”

Sabía que incluso la gente más buena podía comportarse mal, o como malvados, directamente. Por eso, entre otras cosas, no era recomendable ofrecer la otra mejilla. Hasta una buena persona podía patearte, destrozarte, si no te defendías, o por lo menos no te quitabas de en medio. Quizá el no ser tan bueno fuera parte de una estrategia natural de su persona para protegerse. Puede ser que así fuera.

El autobús rodaba por la ciudad. Se movía por la Puerta de Alcalá, luego Cibeles, transitaba por el Paseo de Recoletos hasta Colón.

Pero algo, mucho, había avanzado nuestro hombre. O iba avanzando, poco a poco, singularmente. Estaba desmitificando el ser escritor, aún habiendo escrito tantos libros, once para ser exactos, y no haber publicado ninguno. Poco a poco se iba dando cuenta de que no era tan importante ser escritor, y el rebajar, muy ostensiblemente, esta importancia le daba mucha seguridad. Podía entenderse que ser escritor dependía únicamente del talento. Bien, había gente que tenía talento para escribir y otros para otras cosas. Los expertos en talento decían que todos tenemos talento para algo, y que sólo hay que descubrir para qué lo tenemos. Unos saben jugar muy bien al fútbol, casi naturalmente, han nacido así. Otros en cambio cantan muy bien. Para todo era muy importante el trabajo, pero entonces ya se trataba de trabajar. Tanto por el lado del trabajo como por lo del talento,

ser escritor no era tan importante. Había muchas otras cosas muy importantes: ¿era menos importante ser profesor? Sin duda que no. ¿Era más fácil ser profesor? Él creía que no. Le había costado mucho dar clases buenas; eso no estaba al alcance de cualquiera. Había que estudiar mucho, saber mucho, saberlo expresar, estructurar la clase, no perder los nervios, organizarse. Mil detalles eran necesarios para ser un buen profesor, y él los estaba aprendiendo, aunque quizá él carecía del talento para enseñar como sí lo tenía para escribir. Eso no significaba que no pudiera enseñar; simplemente que le costaba más esfuerzo y que probablemente lo haría peor. Y sin embargo trabajaba como profesor, no como escritor; como escritor no había conseguido publicar ninguna obra, sólo textos cortos, sueltos, artículos y algunos cuentos. Una miseria.

Él consideraba que al final todo era importante según se tratara de una persona u otra: cada uno daba importancia a lo que realmente tenía importancia para sí mismo. Por eso para algunos ser futbolista era lo más importante del mundo, para otros médico o sacerdote: dependía de cada uno. Había personas que se mostraban tremendamente indiferentes, no por ello más felices, pero en cierto modo más tranquilas. En esto jugaba un papel muy importante la vocación. La vocación es la fuerza interior, cuyo origen a veces, o muchas veces, es borroso, que nos dice qué es la prioridad en nuestra vida, la prioridad de nuestro trabajo, de nuestra forma de vivir, de nuestra felicidad.

Todo se podía aprender. Siempre estamos aprendiendo. Todo, al final, es un oficio. Fundamental el tiempo que se le echa; cuanto más tiempo le echas mejor serás en ese oficio. A él, había que reconocerlo, le había costado ser buen profesor porque se había formado como escritor, metiéndole muchas horas al escribir. Muchas más horas al aprendizaje como escritor que al aprendizaje como profesor. No se puede estar en dos lugares a la vez, y mucho menos con igual intensidad, pero como había leído mucho eso le ayudó también para ser un buen profesor. Leer tenía esa ventaja, que para escribir y para enseñar era lo mejor, y él había leído mucho. En realidad, para ser exactos, leer era lo mejor para escribir, junto con escribir, por supuesto, mientras que estudiar era lo mejor para dar clase, junto con dar clase, naturalmente, la propia práctica. La práctica es esencial en todo. Siempre había considerado que estudiar era una forma de leer: leer con atención, con detenimiento, leer, releer, memorizar. Desde que era profesor, o mejor dicho desde que se tomaba realmente en serio el ser profesor, leía con mucho detenimiento, procurando, al mismo tiempo, entender y retener. A menudo le sucedía que, mientras leía o estudiaba, dos actos que llegaron a confundirse en él, pensaba que no retenía nada, que todo se le olvidaba; pero para su sorpresa, cuando llegaba el momento de la clase, un momento de suprema

inseguridad, porque él era muy inseguro ante la clase inminente –algo que no le pasaba ante los folios como escritor–, se acordaba de casi todo lo que había leído. Pensaba que era fundamental en esto la nueva forma de leer que practicaba: leer atentamente, entendiendo, reteniendo, reflexionando, y de una forma ligeramente diferente a como leía para escribir. Cuando leía para escribir, por ejemplo para un ensayo, buscaba impregnarse del tema, de la materia, pero no prestaba mucha atención al retener, buscaba entender. Él sabía que luego, en el ejercicio de la escritura, todo iría brotando.

Hablar, y hablar en una clase, era una forma de comunicación, como lo era escribir. Cuando enfocaba un tema, un tema preparado por él de forma suficiente, poco a poco iba saliendo lo que había estudiado, lo que había leído, lo que había estructurado. Era apasionante, de otra manera que escribir, pero apasionante. Lo que ocurría es que a él le generaba mucha más inseguridad, sin duda porque tenía mucha menos práctica. Menos mal que tenía el apoyo constante de su mujer, que siempre lo veía con los mejores ojos, y no sólo con los mejores ojos, sino también le escuchaba con los mejores oídos, todos los sentidos, y el entendimiento, a él dedicados. Su mujer siempre le estaba animando, creía en él, sabía lo que valía y se lo decía. Su mujer le insistía en que debía dar unos ligeros cambios a su forma de vivir, de trabajar, de moverse, y que entonces los éxitos irían llegando, de todo tipo, en su vida, en su profesión, como escritor, como profesor, y como articulista también, por qué no. Al fin y al cabo, aunque él lo olvidara, si hablamos de éxitos, ya había tenido uno muy importante con la mujer que le había caído en suerte, o que él había conseguido seducir. Su mujer era una obra maestra de mujer. Estaba como un tren, bellísima,

inteligente, buena persona y completamente enamorada de él. ¿Se puede pedir más? Él no lo pedía, pero había otras facetas en su vida, y eso no lo podía evitar.

Lo cierto es que se consideraba un fracasado. Por eso, o quizá al revés, había dejado de escribir durante dos años. Pero como decía su mujer, la cabra tira al monte; él era la cabra y la literatura era el monte. Su fracaso no era tal, y poco a poco se iba dando cuenta. Era muy joven, y el mundo de la literatura, además, ofrecía muchas sorpresas. Había gente que triunfaba muy joven y luego tenía una carrera muy oscura, otros no ganaban los premios importantes o no lograban el favor del público hasta muy mayores, y ése había sido el caso, por ejemplo, de Torrente Ballester, un hombre metódico, disciplinado, también profesor, por cierto, de instituto, que daba sus clases por las mañanas y por las tardes se dedicaba a escribir, cuando podía, cuando tenía concentración e inspiración, que no era siempre, ni mucho menos. En la literatura había ejemplos para todos los gustos; lo peor era comerse la cabeza y sufrir. Escribir era maravilloso, pero no había que divinizarlo ni sacralizarlo. Era un arte y un oficio, pero es que todos los artes son oficios, y también se podía aceptar que todos los oficios eran artes. Y no era cuestión de que no se consuela el que no quiere, sino de que había que ser inteligente, incluso para no hacerse daño a uno mismo.

Escribir estaba por encima de los intereses que movían la literatura. Él lo sabía, se lo contaban y lo veía. Conocía gente que conocía gente –ya sabemos que él no se relacionaba muy bien; no tenía ese don–, que le decían que la literatura no se movía por la calidad, sino por otros parámetros: se premiaban obras malísimas pero sencillitas para el gran público; se publicaban obras malas pero comerciales, u

obras de amiguitos. Los grandes premios no tenían porqué darse a los mejores, sino a los que tenían más lectores, o a los más viejos, sencillamente porque eran los que tenían más público. O se publicaba y se premiaba, directamente, a los que tenían más contactos. Había algún escritor que pasaba por ser un gran escritor, y miembro de una gran generación de autores, editado y reeditado, cargado de premios, pero que si empezabas a preguntar no le gustaba a nadie. ¿Cómo se había ganado ese hombre su reputación? ¿Por contactos?

Un tío que escribiera de puta madre pero que no conociera ni al Tato, no se comía ni una rosca. Y ahí estaba él para demostrarlo. Tenía un gran estilo, ya se lo decían sus compañeros en la Facultad, pero también carecía de la capacidad de crear, poco a poco, una red de contactos que le permitiera publicar sus libros. Así de triste era eso. Él no buscaba a la gente para aprovecharse de ella, o pensando qué podía sacar de ella, sino sólo amistosamente, como personas normales.

En el mundo de la literatura española, era verdad, había de todo, buenas y malas personas, cabrones y casi ángeles, pero lo cierto es que todos, como era normal, buscaban su interés. Él ni se esforzaba ya en buscar su interés; había tirado la toalla, y lo cierto es que nunca lo había buscado con demasiada fuerza. Había escrito muchos libros, pero nunca había confiado seriamente en publicarlos. Era muy curioso: un hombre que había escrito durante más de diez años de su vida, todos los días, sin faltar prácticamente ninguno, y que no se consideraba escritor. No, ese calificativo te lo daban las editoriales publicándote, y más allá de eso, pagándote; y más allá todavía pagándote tanto como para ganarte la vida. Siempre había un detalle que faltaba, un detalle que al carecerlo impedía, al escritor acomplexado, considerarse escritor.